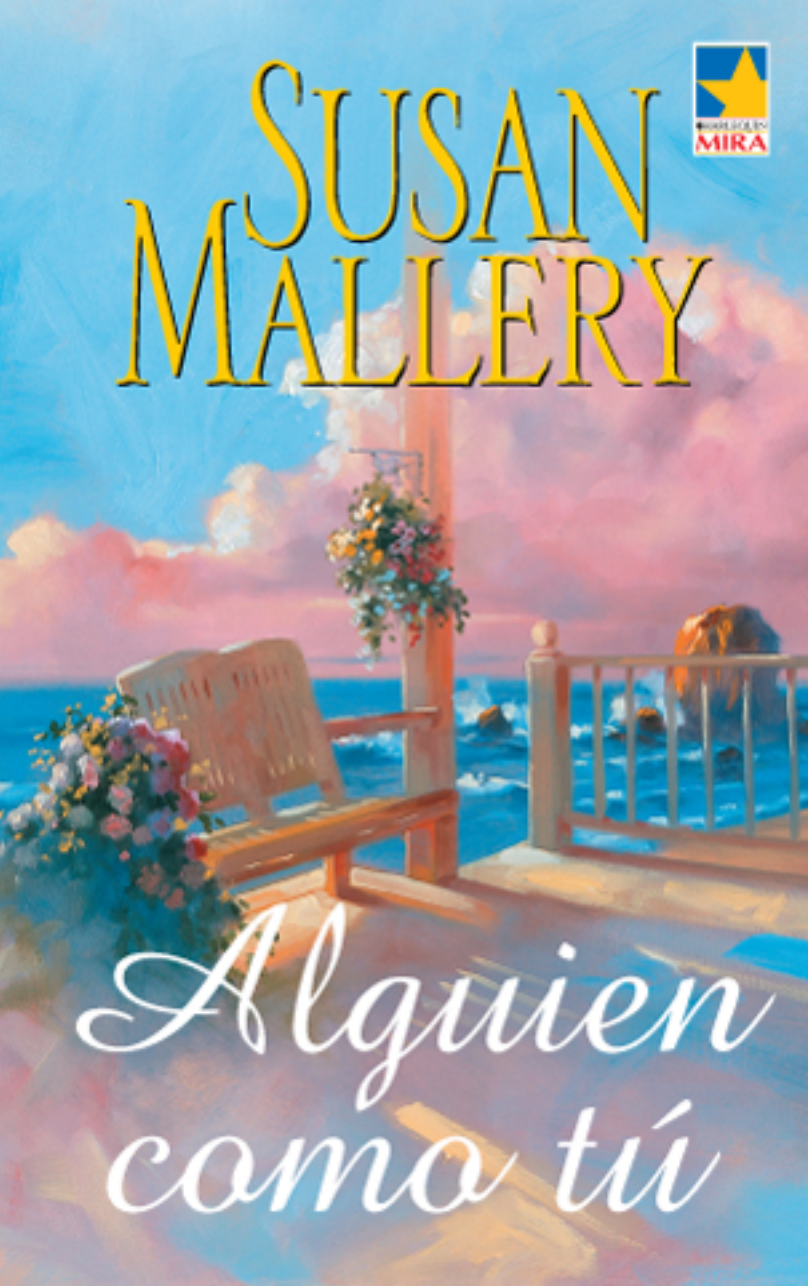

SUSAN
MALLERY
MIRA
Alguien
como tú

1

—Estoy hecha un monstruo —dijo Shelley. Se cubrió la cara con las manos y se hundió en una silla—. Tendré que moverme siempre en la oscuridad para no asustar a los niños pequeños.

Jill Strathern se sentó junto a su secretaria y le dio unos golpecitos en la espalda.

—No eres un monstruo.

—Tienes razón. Eso sería incluso mejor —dijo, con un sollozo ahogado.

—Todo esto tiene arreglo —le dijo Jill—. No te has quedado desfigurada para toda la vida.

—Mi psique sí.

—Creo que te recuperarás.

De hecho, Jill estaba segura. Shelley se había marchado de la oficina la noche anterior muy emocionada porque tenía cita para ir a una nueva

peluquería de lujo. Había ido pensando que le darían unos reflejos sutiles y le harían un suave corte a capas, pero había salido de allí con un color naranja bronce y un corte que sólo podría describirse como… desafortunado.

—¿Sabes? Tengo una idea —dijo Jill. Se puso de pie y rodeó su escritorio, donde buscó en su Rodolex electrónica—. Sé exactamente quién puede arreglarte el pelo.

Shelley miró hacia arriba.

—¿Quién?

—Anton.

Shelley tomó aire bruscamente, y por primera vez aquella mañana, su mirada se llenó de esperanza.

—¿Anton? ¿Lo conoces?

Anton, como Madonna, era lo suficientemente famoso como para no necesitar apellido. Reflejos a dos colores y un peinado costaban lo mismo que un pequeño coche de importación, pero los ricos y los famosos mataban por sus dedos mágicos.

—Soy su abogada —dijo Jill con una sonrisa—. Voy a llamarle y le explicaré que tenemos una emergencia. Estoy segura de que él podrá ocuparse de todo.

Quince minutos más tarde, Shelley tenía una cita para aquella tarde. Jill le dijo que podría recuperar el tiempo entrando un poco más temprano los dos días siguientes.

—Eres la mejor —le dijo Shelley al salir del despacho—. Si alguna vez necesitas que haga

algo, dímelo. Lo digo en serio. Un riñón. Tener tu bebé, quizá.

—Quizá puedas mirar el expediente que te he dejado en el escritorio —le dijo Jill con una carcajada—. Es para mañana a primera hora.

—Claro. En este segundo. Gracias.

Jill siguió riéndose suavemente mientras volvía la vista hacia la pantalla de su monitor. Ojalá todos los problemas de la vida tuvieran una solución tan fácil.

Dos horas más tarde, levantó la vista de la investigación que estaba haciendo. Café, decidió. Un pequeño y agradable empujón para su cerebro. Se puso de pie y fue hacia la sala de personal, donde esperaban las máquinas de café y la energía líquida.

Por el camino, se dirigió hacia el otro lado del bufete, donde estaba el despacho de su marido, también un asociado de tercer año. Habían tenido tanto trabajo durante las últimas semanas que apenas se habían visto. Ella tenía libre la hora de la comida. Si Lyle también la tenía, quizá pudieran comer juntos.

Su secretaria no estaba, y la puerta de su despacho estaba cerrada. Jill llamó suavemente una vez, y después entró. Avanzó silenciosamente, porque no quería interrumpirle si estaba al teléfono.

Y estaba ocupado, sí, pero no con una llamada. Jill se quedó petrificada en mitad del despacho. Se le cortó la respiración y se le cayó el vaso de café de las manos. Sintió cómo el líquido ardiente le salpicaba las piernas.

Su marido, con el que llevaba tres años casada, el hombre con el que vivía, trabajaba y para el que cocinaba, estaba de pie junto al escritorio. Su chaqueta estaba en el respaldo de la butaca, y él tenía los pantalones y los calzoncillos por los tobillos mientras embestía fogosamente a su secretaria. Tan fogosamente, de hecho, que ni siquiera se dio cuenta de que Jill había entrado.

—Oh, sí, cariño —susurraba Lyle—. Así…

Pero la mujer vio a Jill. Palideció y empujó a Lyle para que se apartara de ella.

Más tarde, Jill recordaría el silencio, y cómo le pareció que el tiempo se detenía. Más tarde recordaría cómo se habían caído los papeles del escritorio cuando la secretaria se había incorporado y se había subido las medias. Más tarde, querría matar a Lyle. Pero en aquel momento, lo único que podía hacer era quedarse mirando sin poder dar crédito a sus ojos.

Aquello no estaba sucediendo, se dijo a sí misma. Él era su marido. Se suponía que la quería.

—La próxima vez, llama a la puerta —le dijo él, mientras se agachaba para subirse los pantalones.

«Lo he hecho», pensó ella. Demasiado estupefacta como para sentir nada, salió corriendo del despacho.

Cuarenta y cinco horas y dieciocho minutos más tarde, Jill decidió que ser enterrado vivo era

algo demasiado suave para Lyle. Sin embargo, ella tenía que vengarse de alguna manera. Por desgracia, como no tenía ni idea de cómo llevar a cabo la venganza que necesitaba tan desesperadamente, por el momento tendría que conformarse con pensar en el divorcio.

—Asquerosa comadreja mentirosa —murmuró ella, mientras aminoraba la velocidad para tomar la salida hacia la autopista oeste.

La susodicha comadreja estaba en aquel momento en San Francisco, mudándose a lo que debería haber sido el nuevo despacho de socio adjunto de Jill. Sin duda, celebraría lo que debería haber sido el ascenso de su mujer llevando a su secretaria a cenar, seduciéndola con uno de los vinos de la bodega que Jill llevaba años reuniendo y después llevándosela a la cama de matrimonio que Jill había comprado.

Sí, era cierto. Aquel día había ido de mal en peor. No era suficiente con que hubiera sorprendido a su marido en el acto. Además, aquella tarde la habían despedido.

—Espero que Lyle se contagie de alguna enfermedad de transmisión sexual y se le caiga la hombría a pedazos —dijo en voz alta, aunque luego siguió razonando—: No es que vaya a perder mucho. De hecho, nada de lo que estar orgulloso. Tuve que fingir todos aquellos orgasmos, desgraciado mentiroso.

Y peor aún, había cocinado para él. Jill podía aceptar una mala vida sexual, pero el hecho de haber dejado de asistir a importantes reuniones

de trabajo para que él tuviera la comida hecha cuando llegara a casa le dolía en el alma.

Ojalá nunca lo hubiera conocido, ojalá nunca se hubiera enamorado de él y ojalá no se hubiera casado con él.

Lo único positivo en aquella situación tan negra era que Shelley había vuelto a la oficina con un pelo impresionante. Por lo menos, algo de lo que alegrarse, pensó Jill mientras se detenía en un semáforo en rojo y echaba un vistazo a su alrededor por primera vez desde que había salido de San Francisco.

Demonios, acababa de volver a uno de aquellos sitios a los que no quería volver.

Los Lobos, California. Una pequeña ciudad turística de la costa, invadida por los veraneantes todos los años. Los residentes nunca cerraban con llave la puerta de casa, excepto durante el verano. El puerto era un tesoro nacional, y la festividad de Halloween Pumkin en la playa era uno de los grandes eventos anuales. Para algunos era el paraíso. Para Jill, era como una condena en el infierno. Y también era algo por lo que Lyle tendría que responder.

Al menos, la casa de su familia estaba en manos de la Conservancy Society, así que se había salvado de la humillación de tener que dormir en su habitación de niña. La casa donde ella había crecido estaba en proceso de restauración para que recuperara su aspecto victoriano original, así que se quedaría temporalmente con su tía Beverly.

El recuerdo de la casa bohemia y de la dulce sonrisa de aquella mujer hizo que Jill pisara más a fondo el acelerador. Cuando llegó a la casa, un edificio de dos plantas construido en los años cuarenta, sólo tenía ganas de acurrucarse y lamerse las heridas. Pero aquello se le pasaría, y entonces agradecería sentarse tranquilamente en una mecedora en el porche, junto al columpio.

Aparcó frente a la casa y bajó del coche. La tía Bev debía de estar mirando por el ventanal de la casa mientras la esperaba, porque salió por la puerta y comenzó a descender por las escaleras.

Beverly Antoinette Cooper, conocida como Bev por sus amigos, había nacido en una familia adinerada. No multimillonaria, pero sí lo suficientemente rica como para no haber tenido que trabajar por obligación, aunque hubiera sido profesora de escuela durante dos años, después de licenciarse. Delgada, con el pelo pelirrojo y una gran sonrisa, era la más pequeña de las dos hermanas de su familia. Se había mudado a Los Lobos cuando su hermana se había casado con el padre de Jill y habían decidido quedarse allí.

Jill estaba muy agradecida a aquel parentesco. Su tía no juzgaba ni criticaba a la gente. La mayor parte de las veces, ofrecía abrazos, cariño y, rara vez, consejos.

Bev pensaba que tenía un don psíquico, aunque Jill no estaba completamente segura de ello. En aquel momento, comenzó a sentirse mejor que nunca desde que había sorprendido a Lyle y

a su secretaria en el escritorio, Jill caminó hasta la acera y allí se detuvo y sonrió.

—Estoy aquí.

Su tía sonrió.

—Bonito coche.

Jill se dio la vuelta y miró el BMW 545 negro.

—Es sólo un medio de transporte —dijo, encogiéndose de hombros.

—Mmm. Es de Lyle, ¿verdad?

—California es un estado en el que los matrimonios son en gananciales —dijo Jill—. Como él adquirió el bien después de nuestro matrimonio, el coche es tan mío como suyo.

—Te lo llevaste porque sabías que le pondrías furioso.

—Exacto.

—Muy bien hecho —su tía miró la camisa de Jill y arqueó las cejas—. ¿Comida para llevar?

Jill se miró la mancha que tenía en la camisa de algodón egipcio, hecha a medida. La tenía totalmente arrugada, al igual que los vaqueros. Le colgaban las mangas más allá de los dedos estirados y cabrían en aquella prenda dos Jill y media, pero era una de las camisas especiales que Lyle había encargado al módico precio de quinientos dólares. Tenía cuatro. Las otras tres estaban en la maleta de Jill.

—Burrito —dijo ella, mientras frotaba la mancha rojiza que tenía justo bajo el pecho derecho—. Quizá sea salsa picante. Paré en un restaurante por el camino.

—Dime que te lo comiste en el coche —le pi-

dió Bev, con picardía—. Lyle estaba rotundamente en contra de comer en el coche.

—Hasta el último bocado —dijo Jill.

—Bien.

Bev extendió los brazos, y sin dudarlo, Jill se acercó a ella para que la abrazara. Había estado conteniéndose durante dos días, pero necesitaba dar rienda suelta a sus emociones. Notó que se le enrojecía la cara, una opresión en el pecho y un escalofrío.

—Lo vi haciéndolo con otra —susurró, con la voz ronca de dolor y las lágrimas por las mejillas—. En su despacho. Fue tan repugnante. Ni siquiera se había quitado la ropa. Tenía los pantalones en los tobillos, y estaba ridículo. ¿Por qué ella no le obligó a desnudarse?

—Algunas mujeres no tienen respeto por sí mismas.

Jill asintió.

—Yo siempre le hacía desnudarse.

—Lo sé.

—Pero eso no fue lo que más me dolió —continuó, con los ojos ardiendo—. Me robó el ascenso. Había trabajado muchísimo y había llevado muchos clientes a la empresa, pero él consiguió ese ascenso y me despidieron.

Siguió llorando, empapándole el hombro a su tía.

—Y lo que no entiendo es por qué estoy más enfadada que herida —dijo, con la voz entrecortada—. ¿Por qué me importa más mi trabajo que mi matrimonio?

Jill se respondió la pregunta retóricamente. Tenía la sensación de que las dos conocían la respuesta.

—¿Quieres arañarle el coche? —le preguntó su tía.

Jill se irguió y se secó la cara con el dorso de la mano.

—A lo mejor después.

—He hecho galletas. Vamos a merendar.

—Me gustaría mucho.

Bev la tomó de la mano y se la llevó a casa.

—He estado investigando un poco. Creo que quizá sea capaz de echarle una maldición a Lyle. ¿Te serviría de alivio?

A casa paso, Jill notaba que el dolor se mitigaba un poco. Quizá Los Lobos no fuera su idea de pasarlo bien, pero la casa de su tía siempre había sido un refugio.

—Eso estaría muy bien. ¿Podrías hacer que le salieran pústulas de pus?

—Podemos intentarlo.

Dos horas después, Jill y su tía se habían comido una docena de galletas recubiertas de chocolate y se habían bebido varias copas de coñac.

—No quiero hacer nada malicioso —dijo Jill, muy orgullosa por poder decir malicioso, teniendo en cuenta que todo el licor que había consumido le había convertido la sangre en fuego y el cerebro en papilla—. Así que, en vez de arañarle el coche, quizá lo aparque junto al campo de

béisbol del instituto. Las bolas nulas pueden hacer un gran impacto sobre él —dijo, y dejó escapar una risa tonta.

—Estás borracha —le dijo su tía, con un suspiro.

—Sí. Y me siento muy bien, la verdad. No creía que pudiera. Creía que estaría deprimida durante días. Tengo la intención de trabajar aquí —dijo, y entonces, notó que su buen humor se desvanecía—. Está bien. Ése es un punto de la lista de las cosas en las que no debo pensar. Ni en el trabajo, ni en Lyle. Aunque realmente, el divorcio está muy bien. Ojalá nuestro matrimonio nunca hubiera existido. ¿No podríamos vaporizarlo? ¿Sería eso un asesinato, técnicamente? No importa. Sé que sí lo sería, y no quiero que me retiren la licencia de abogada. Eso sí sería deprimente.

Las migas de la galleta que se estaba comiendo se le cayeron sobre la camisa, cerca de la mancha de salsa picante, y ella se las sacudió. Lo único que consiguió fue esparcir el chocolate por la tela.

—Tengo que ir a ducharme —dijo, mientras dejaba en el plato la galleta mordisqueada—. No me duché antes de salir de San Francisco, esta mañana.

Mientras hablaba, estiró el brazo hasta detrás de la cabeza y tomó un mechón de sus rizos. Cuando se había duchado, el día anterior, no se había molestado con su ritual diario de alisamiento para intentar domesticar su pelo imposible. Usaba

un secador con un cepillo alisador, unas planchas y al menos cuarenta y siete productos distintos. Por no haberlo hecho, en aquel momento seguramente parecía la novia de Frankenstein después de haber metido el dedo en un enchufe. Seguramente no estaba especialmente atractiva.

Jill se puso de pie. Debido al hecho de que no había dormido demasiado durante aquellos dos días y también al coñac, las rosas del papel de la pared comenzaron a girar.

—Esto no puede ser bueno —murmuró.

—Te sentirás mucho mejor después de una ducha —le dijo su tía—. Te acuerdas de dónde está todo, ¿verdad?

—Sí. En el piso de arriba —dijo, aunque en aquel momento, la idea de tener que subir las escaleras la mareaba.

En aquel instante, sonó una alarma en la cocina, y a la vez, alguien llamó a la puerta. Su tía se levantó y le hizo un gesto a Jill para que fuera a abrir.

—Mira a ver quién es. No me fío de ti para que saques una bandeja de galletas calientes del horno en tu estado.

—Bien.

Jill se dirigió al vestíbulo, y sólo chocó contra la pared una vez. Se vio a sí misma como un coche de choque, lo que la hizo reír tontamente. Todavía se reía cuando abrió.

Sólo había unas cuantas cosas que podrían haber empeorado su situación en aquel momento: la muerte o un accidente de una persona querida, la

idea de que nunca podría salir de Los Lobos y volver a ejercer en una ciudad grande y, por último, el hecho de ver a Mackenzie Kendrick en aquel estado físico y mental.

Tenía que ser una de aquellas tres cosas, pensó, mientras miraba al hombre que había en el umbral de la puerta de su tía. ¿Acaso no podía haberle caído un rayo y haberla fulminado?

Pues no, pensó mientras observaba aquellos ojos azul oscuro y estudiaba los rasgos familiares y asombrosamente perfectos de aquella cara. Aunque ya no tuviera el aspecto de un muchacho, sí conservaba el poder de hacer que a Jill se le acelerara el corazón.

Lo último que había sabido de Mac Kendrick era que se había ido a vivir a Los Ángeles y había entrado en el L.A. Police Department. Y la última vez que había visto a Mac, Jill tenía dieciocho años y él estaba en casa disfrutando de un permiso del ejército. Ella había aparecido en su habitación, había dejado caer su vestido al suelo y se le había ofrecido desnuda. Mac había vomitado al instante.

—Mac —dijo ella, intentando que la voz le sonara alegre y agradable.

Él frunció el ceño. Aquel gesto hizo que se le juntaran las cejas y que se le arrugaran los ojos. Jill tuvo que esforzarse para que no se le escapara un suspiro al ver lo guapo que era. Recordó entonces las enormes manchas que tenía en la camisa que llevaba, justo cuando la expresión de Mac se aclaró.

—¿Jill?

—Sí. Hola. Mmm… estoy, eh… —iba a decir de visita, pero no era la verdad, y estaba demasiado borracha como para mentir, así que quizá fuera mejor evitar el motivo por el cual estaba en Los Lobos—. ¿Y qué haces por aquí?

—Vivo aquí.

Ella se quedó atónita.

—¿Aquí? ¿En Los Lobos?

—Soy el nuevo sheriff.

—¿Por qué?

Él sonrió, y al ver aquella curva, a Jill se le encogió el estómago.

—Me gusta estar aquí —dijo él.

—Supongo que todo el mundo tiene una opinión.

Él se la quedó mirando, y después se tocó el labio superior.

—Tienes unas miguitas…

—¿Qué? Oh. Las galletas —Jill se pasó los dedos por los labios y después tomó uno de los extremos de la camisa y se limpió con él. Al mirarlo, se dio cuenta de que aquellas migas también tenían chocolate. Estupendo.

—¿Mac? ¿Eres tú? —la tía Bev se acercó a ellos—. Querrás confirmarlo todo. Vamos, entra. Jill, apártate y deja paso a Mac.

Jill obedeció. En algún momento entre el primer coñac y el tercero, se había quitado los zapatos, y estaba descalza sobre el suelo de madera maciza. La sensación le recordó mucho a la última vez que había visto a Mac, así que se apresu-

ró hacia el salón, donde, al menos, había una alfombra bajo sus pies.

Oyó el sonido de los pasos de Mac mientras la seguía, junto con la agradable conversación de su tía, que hablaba de la tarde tan buena que hacía aquel día. Cuando llegó a la mecedora del salón, se dejó caer sobre ella, y la silla comenzó a balancearse haciendo que las esquinas de la habitación se tambalearan lo suficiente como para que ella sintiera ganas de reírse de nuevo. Quizá aquello fuera positivo, pensó mientras se acurrucaba en los gruesos cojines de la mecedora. Siempre se había preguntado qué ocurriría si volviera a ver a Mac. Después de aquel desastroso último encuentro, había tenido miedo de lo que ella diría, o de lo que diría él. O de cómo la miraría. Sin embargo, el hecho de estar borracha suavizaba la situación. Si él le tenía lástima, bueno, ¿acaso no era lastimosa la situación en la que se encontraba en aquel momento?

—Así que eres el nuevo sheriff.

—Exacto. Comencé hace dos semanas.

—¿Por qué?

—Porque ésa es la fecha que convinimos.

Jill alzó la mano para meterse un mechón de pelo detrás de la oreja y recordó que tenía el pelo como una fregona. Oh, Dios. Se le había olvidado completamente su aspecto. ¿Qué podía hacer?

Se estremeció imperceptiblemente, y se dio cuenta de que no podía hacer otra cosa que ser fuerte y tener la esperanza de que él no se hubiera dado cuenta.

—Quiero decir, ¿por qué aceptaste el trabajo de sheriff?

—Necesitaba un cambio —respondió él—. Además, éste es un lugar estupendo para que Emily pase el verano.

¿Emily? ¿Cuáles eran las probabilidades de que aquél fuera el nombre de su adorable San Bernardo? Cero, pensó Jill, mientras notaba que continuaba su racha de mala suerte.

—¿Tu mujer? —le preguntó, fingiendo un amable interés.

—Su hija —informó Bev, mientras entraba en el salón. Dejó en la mesa una bandeja con tres vasos de leche y un plato de galletas—. La niña de Mac tiene ocho años.

Jill intentó asimilar el concepto. Durante todos aquellos años se lo había imaginado con una pléyade de mujeres que no se parecían nada a ella, pero nunca había pensado en él como padre.

—Va a estar conmigo durante este verano —dijo él, y tomó una galleta del plato—. Bev ha accedido a ayudarme a cuidarla durante el día.

Jill se volvió hacia su tía y, al hacerlo, la habitación comenzó a dar vueltas. Entonces, dos pensamientos le llenaron el cerebro: el primero, que Mac no estaba casado. Al menos, no con la madre de su hija. El segundo pensamiento era más problemático.

—A ti no te gustan los niños —le dijo a su tía—. Por eso dejaste la enseñanza.

Bev le tendió un vaso de leche.

—No me gustan en grupos —la corrigió—.

Quizá tuve que leer *El señor de las moscas* demasiadas veces, y siempre me ha parecido que los niños podían volverse rabiosos en cualquier momento. Sin embargo, individualmente están bien —dijo, y sonrió a Mac—. Estoy segura de que Emily es un angelito.

Mac se quedó asombrado por la teoría de Bev sobre los niños y su potencial.

—¿Qué? —preguntó, sacudiendo la cabeza—. No, es una niña normal.

Había algo en su voz, pensó Jill, algo como… nostálgico. ¿O sería que ella tenía el cerebro macerado en alcohol y se lo parecía?

Le dio un sorbito a la leche, se la tragó y estuvo a punto de atragantarse.

—No puedo —dijo, devolviéndole el vaso a su tía—. Después del coñac, mi estómago no admite esto.

—Por supuesto que sí. Sólo tienes que pensar que te estás tomando un Brandy Alexander. De dos tragos.

—Ah. Está bien.

Mac se la quedó mirando.

—¿Has estado bebiendo?

Una clara desaprobación hizo que se le entrecerraran los ojos y que apretara los labios. Ella le echó una rápida mirada al reloj y vio que eran las tres de la tarde.

—Son las cinco en Nueva York, y he tenido un mal día —o una mala semana, o posiblemente, una mala vida.

—No te preocupes. Jill no es una mujer salvaje

—dijo Bev, con una sonrisa reconfortante—. Sólo está un poco pachucha. ¿Cuándo llega Emily?

—Sobre las cinco. La traeré por la mañana. No quería trabajar el primer día, pero tengo que ir a un juicio.

—No te preocupes —le dijo Bev—. Estoy muy contenta de que vayamos a pasar el verano juntas. Lo vamos a pasar muy bien.

Jill pensó que debería advertir a Mac sobre el don de su tía, y cómo a veces pasaba de ser normal a rara. Pero, ¿qué sentido tenía preocuparlo?

Además, Bev tenía la capacidad de hacer que una persona se sintiera especial y querida, y quizá eso fuera lo que cualquier niña de ocho años necesitara.

Mac se levantó y murmuró algo acerca de volver a su casa. Jill quiso levantarse también para preguntarle dónde estaba exactamente. No porque estuviera planeando ninguna intrusión nocturna. Un momento humillante como aquél que ella recordaba ya era suficiente para la vida de cualquiera. No, evitaría a Mac en lo posible mientras estuviera allí atrapada, en Los Lobos. Trabajaría en los casos que surgieran y se haría cargo de los pequeños problemas de aquel pueblo mientras enviaba su currículum a bufetes de abogados prestigiosos de todo el estado.

Y, en su tiempo libre, planearía la venganza. Una venganza malvada, despiadada, satisfactoria, que redujera a la rata de su ex marido a una masa temblorosa. Sonrió al pensarlo, y sintió algo frío y húmedo por la pierna.

—Oh, Dios.

La voz de su tía sonaba preocupada, y Jill quiso preguntar por qué, pero no pudo hablar, ni abrir los ojos. Le quitaron algo de la mano.

—¿Cuánto coñac ha bebido? —preguntó un hombre.

Mac, pensó Jill vagamente. El guapísimo y sexy Mac. Había estado enamorada de él desde que tenía trece años. Pero él nunca le había hecho caso, realmente. Había sido simpático y amigable, pero de una forma distante, como un hermano mayor.

Sintió que se deslizaba de la silla, y de repente estaba volando por el aire.

—¿En el sofá?

—Sí. Traeré una manta. Sólo necesita descansar un poco.

—O beber menos —dijo un hombre, con una carcajada suave—. Dentro de un par de horas se va a sentir fatal.

Eso no sería nada nuevo, pensó Jill mientras metía la cabeza bajo un cojín. Llevaba dos días sintiéndose fatal. Pero aquello era mejor. Era cálido y acogedor, y se sentía a salvo de nuevo. Se fue durmiendo suavemente, y se juró que, cuando despertara, todo sería diferente.

Sin ser capaz de dejar de mirar el reloj, más o menos a las cinco menos cuarto, Mac tuvo la tentación de tomarse una cerveza mientras esperaba. Sin embargo, no iba a hacerlo. Emily estaba en juego, y todo aquello había sido culpa suya.

Quería culpar a otro, señalar con el dedo y decir que él no era responsable, pero no podía. Él mismo era quien había dado todos los pasos. Ni siquiera podía echarle la culpa a Carly. Su ex mujer había sido más comprensiva e indulgente de lo que él se merecía.

Como era una mujer organizada y seguramente no quería hacer que Mac lo pasara mal, llegó cinco minutos antes de la hora a la que habían quedado. Él vio el coche cuando entraba en la calle de su casa, y había salido a recibirlas antes de que ninguna de las dos ocupantes hubieran tenido ocasión de bajar.

—Hola, preciosa —le dijo a Emily, en cuanto la niña salió del vehículo.

Su hija era delgada y rubia, con unos grandes ojos azules y una sonrisa que podía iluminar el cielo. Sin embargo, en aquel momento no estaba sonriendo. Más bien, le temblaba la barbilla, y no lo miraba a la cara. Abrazaba a Elvis, su rinoceronte de peluche, y miraba fijamente al suelo.

Hacía casi dos meses que no la veía, y tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla en brazos y darle un abrazo enorme. Se moría por decirle que la quería, que había crecido mucho y se había puesto muy guapa, y que había pensado en ella todos los días. Sin embargo, en vez de eso, se metió las manos en los bolsillos y deseó con todas sus fuerzas volver al pasado y ser capaz de arreglar las cosas.

—Hola, Mac.

Mac miró a Carly. Delgada, bien vestida, con

el pelo dorado cortado a la altura de las mejillas, rodeó el coche y se acercó a él.

—Estás muy guapa —le dijo él, mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla. Ella le apretó el brazo.

—Tú también. Qué bonito pueblo. Así que aquí es donde te criaste.

—Exacto.

—¿Y qué tal estás después de haber vuelto?

Él había pasado las dos últimas semanas entre la esperanza y el temor a un desastre. Había demasiado en juego.

—Bien —dijo, en un tono de confianza que en realidad no sentía—. Vamos a sacar las maletas del coche y entremos en casa —sugirió, y se volvió hacia Emily—. Tu habitación está arriba, cariño. ¿Quieres verla?

Ella miró a su madre como si le estuviera pidiendo permiso. Cuando vio que Carly asentía, Emily salió corriendo hacia arriba.

—Me odia —dijo Mac, rotundamente.

—Te quiere mucho, pero está asustada. No te ha visto en semanas, Mac. No apareciste ninguno de los dos fines de semana que le habías prometido, y le rompiste el corazón.

Él asintió y se tragó el sentimiento de culpabilidad que le ascendía por la garganta.

—Lo sé. Lo siento.

Se acercó al coche y esperó a que ella abriera el maletero.

—Las disculpas no funcionan con una niña de ocho años —le dijo Carly—. Desapareciste de su

vida sin decirle una palabra y ahora tienes que demostrarle que has cambiado.

Él ya lo sabía, pero, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podía conseguir un padre recuperar la confianza de su hija? ¿Era posible, o habría cruzado ya la línea y sería demasiado tarde?

Tenía ganas de preguntarle su opinión a Carly, pero supuso que ya había desgastado aquella opción con ella.

—No tenías por qué hacer esto —le dijo él, mientras levantaba dos maletas.

—Lo sé —respondió Carly—. En parte, quería darte la espalda, pero siempre la has querido por encima de todas las cosas —cerró el maletero y lo miró fijamente—. Quiero creerte, Mac. Quiero darte esta oportunidad. Pero no cometas un error. Si la fastidias esta vez, te llevaré de nuevo a los tribunales y conseguiré que no vuelvas a ver a tu hija en la vida.

2

Jill se despertó en la oscuridad al oír el sonido del reloj de cuco. Contó diez campanadas y después apartó la manta y se incorporó. Al principio no supo cómo se había quedado dormida en un sofá, pero poco a poco, recordó que después de llegar a casa de su tía había ingerido una buena cantidad de coñac.

La quietud de la casa le indicó que su tía también se había acostado. No era de extrañar: aquéllos a los que les gustaba levantarse temprano para ver el amanecer tenían que acostarse temprano. Jill prefería la puesta de sol, aunque aquel día, se la había perdido al quedarse dormida por la borrachera.

—Habrá otra puesta de sol mañana —se dijo.

Se levantó, esperándose un buen dolor de ca-

beza o la visión doble. No ocurrió ninguna de las dos cosas. En realidad, se encontraba muy bien.

Fue a la habitación de invitados y sonrió al ver que su tía le había abierto la cama y le había dejado en la mesilla un vaso de agua y un paquete de Alka Seltzer.

—Una mujer asombrosa.

Jill no se acostó, sino que fue hacia su maleta y sacó sus cosméticos. Después de ducharse y lavarse el pelo, se sintió prácticamente normal. Bajó al porche trasero de la casa con un cepillo, y se sentó en los escalones que bajaban a la hierba del jardín. La brisa nocturna era fresca y agradable. En el cielo brillaban un millón de estrellas, que no había podido ver cuando estaba en la ciudad. Supuso que habría mucha gente que pensaría que la vida era perfecta en aquel pequeño pueblo en el que podían dejar las puertas de las casas abiertas y mirar las estrellas, pero se equivocaban de cabo a rabo.

Se quitó la toalla del pelo mojado y alzó el brazo para comenzar a cepillárselo. Sin embargo, se quedó petrificada en aquella posición. La puerta trasera de la casa de al lado se abrió, y alguien salió. Incluso a la débil luz del porche, reconoció a un hombre alto, de hombros anchos. Mac.

Las posibilidades de que estuviera visitando a un vecino a aquellas horas eran escasas, lo cual significaba que probablemente fuera el vecino de la puerta de al lado de su tía. Aquello era otro síntoma más de lo mal que iba su vida en aquel

momento. Sin duda, se habría mudado allí con su mujer y su...

Comenzó a recordar algo vagamente. Algo acerca de un hijo. ¿Una hija, quizá? Pero no acerca de una esposa. Al menos, no la madre de la niña. ¿O era sólo lo que ella quería? Al recordar que se había desmayado en su presencia, sintió horror.

Se movió para levantarse silenciosamente y entrar en la casa sin que la viera, pero la madera del porche crujió, y Mac se volvió hacia ella.

—¿Qué tal estás? —le preguntó, acercándose.

Su voz resonó suavemente en la oscuridad. Aquel sonido le rozó la piel a Jill como si fuera terciopelo sobre seda. Se le encogió el estómago, y su mente dejó de funcionar racionalmente.

—Ah, mejor. Lo necesitaba.

—¿La siesta, el coñac o el desmayo?

—Quizá las tres cosas.

Él se detuvo frente a ella y se apoyó en la barandilla, con una media sonrisa.

—¿Recuerdas algo de lo que ocurrió esta tarde?

Tuvo la sensación de que no estaba hablando del viaje desde San Francisco. Aquella pregunta hizo que se sintiera insegura.

—¿Por qué? ¿Hice algo memorable antes... eh... de desmayarme? —¿habría vomitado, o algo por el estilo?

—No. Te quedaste muy callada, se te cayó la leche de las manos y después te desmayaste.

—Genial —dijo, y recordó el momento en el

que se había despertado—. ¿Cómo llegué al sofá?

La media sonrisa de Mac se transformó en una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias.

¿La había llevado él? ¿Había estado realmente en brazos de Mac y no había estado consciente en ese momento? ¿Podría ser la vida aún más injusta?

—Ah, gracias. Ha sido muy amable por tu parte.

Lo que ella quería saber era si él había disfrutado de aquella experiencia, si había pensado que era algo más que una tarea, si alguna vez ella se le había pasado por la mente en los diez años anteriores.

Él bajó los peldaños y se sentó. Su muslo estaba muy cerca de los dedos de los pies de Jill, que estaba descalza. Si movía el pie un centímetro, se estarían tocando. Jill comenzó a pasarse el cepillo por el pelo mojado y se tragó un suspiro de frustración. Uno pensaría que debía ser más madura que antes, pero podía equivocarse.

—Así que has vuelto al pueblo —dijo ella, al ver que no se le ocurría un tema de conversación más interesante.

—Justo a la puerta de al lado —dijo él, señalando su casa.

—¿Con tu hija? —le preguntó Jill, con la esperanza de haber recordado bien.

El buen humor se borró de la expresión de la cara de Mac, y se transformó en tensión y dolor.

—Emily.

—Estoy segura de que se lo pasará muy bien en Los Lobos. Es un lugar estupendo para los niños, sobre todo, en verano —Jill no había comenzado a sufrir las restricciones de la vida en un pueblo pequeño hasta que había entrado en el instituto.

—Eso espero. Hacía tiempo que no la veía. Después del divorcio... —dijo, y se encogió de hombros, lo cual no explicaba demasiado.

—¿Ha tenido su madre una actitud difícil? —le preguntó ella.

—No. Carly ha sido estupenda. Fue culpa mía. Me alejé durante un tiempo, y eso le hizo daño a Emily. Ella es sólo una niña, y yo debería haberme dado cuenta. Quiero la custodia compartida, pero tengo que ganarme ese privilegio. Eso es lo que voy a intentar este verano.

Cuando se quedó en silencio, Jill tenía más preguntas que respuestas en la cabeza, pero pensó que sería mejor no presionar.

—Espero que las cosas funcionen.

—Yo también. Emily es lo más importante de mi vida —dijo él, y volvió a sonreír—. Tu tía ha accedido a ayudarme a cuidarla durante la jornada de trabajo. ¿Debería pensármelo de nuevo?

—¿Por lo que dije antes de que no le gustan los niños?

Él asintió.

Jill hizo un gesto negativo.

—No. A mi tía no le gustaba mucho dar clases, pero siempre fue maravillosa cuando yo era niña.

—Es bueno saberlo —dijo él.

—Tu hija ha llegado antes, ¿no? ¿Qué tal ha ido todo?

Mac miró hacia la casa.

—Bien. Carly la ha traído desde Los Ángeles y se quedó hasta que fue la hora de acostarse. Yo sólo tuve que quedarme en un segundo plano. El examen de verdad llegará mañana por la mañana.

—La quieres —le dijo Jill—. Y eso cuenta mucho.

—Eso espero.

Jill iba a extenderse en aquel punto pero recordó que su experiencia con los niños era nula. No era porque ella no hubiera querido tenerlos. Pero la comadreja mentirosa pensaba que debían esperar y, por motivos que ella no tenía nada claros, habían esperado. Por supuesto, en aquel momento estaba contenta. Los niños habrían complicado el divorcio.

—¿Y por qué has vuelto tú a Los Lobos? —le preguntó Mac—. ¿Estás de vacaciones? Lo último que supe de ti era que estabas ejerciendo como abogada en un bufete importante en San Francisco.

Jill notó que se le abrían los ojos como platos. ¿Él sabía algo de su vida? ¿Había estado preguntando? ¿Había pensado en ella? ¿Había...

Rápidamente, se apartó aquellas preguntas de la cabeza. Lo único que ocurría era que Mac había oído los cotilleos de un pueblo. No había nada por lo que emocionarse.

—Lo estaba hasta hace poco tiempo —respondió—. Trabajaba para un bufete en San Fran-

cisco. Estaba a punto de convertirme en asociada —resumió, mientras seguía cepillándose el pelo.

—¿En pasado?

—Sí. Mi marido, que será ex marido en poco tiempo, se las arregló para que me despidieran. Además, consiguió mi ascenso, mi despacho con un ventanal a la bahía y nuestro piso —dijo—. Aunque, por supuesto, no podrá quedarse con el piso. Es un bien ganancial. También me engañó con su secretaria. Lo vi todo, y deja que te diga que es una imagen que quiero borrarme de la mente lo antes posible.

—Eso es mucho para un día. ¿Cómo consiguió que te despidieran?

—Todavía estoy intentando averiguarlo. Yo conseguí muchos clientes para el bufete. Más que ningún otro abogado asociado. Pero, cuando me despidieron, no me permitieron hablar con ninguno de los socios mayoritarios para averiguar qué había sucedido. He enviado un par de correos electrónicos y de cartas, así que ya veremos. Mientras, he vuelto temporalmente a Los Lobos a llevar el pequeño despacho de Dixon & Son.

—Y no estás muy contenta que digamos.

—Ni un poco —respondió. Intentaba convencerse de que, al menos, estaría trabajando de abogada, pero no podía.

—Entiendo que el señor Dixon no tenía un hijo.

—Pues parece que no. También es posible que el hijo no esté interesado en llevar el despacho familiar. Así que aquí estoy yo —dijo. Bajó el cepillo y esbozó una sonrisa forzada—. Soy una

letrada a tiempo parcial. El resto del tiempo estaré planeando la venganza contra Lyle.

—¿Tu ex?

—Sí.

—Si la venganza implica que vas a vulnerar la ley, no quiero saberlo.

—Me parece justo. Sin embargo, probablemente no haré nada ilegal. No quiero que me inhabiliten para ejercer la abogacía —aquello reducía las posibilidades, pero no tenía importancia. Tendría que ser aún más creativa—. ¿Han empezado ya los campeonatos de béisbol de verano? —le preguntó.

Mac asintió.

—Claro. Hay partido todos los fines de semana.

—Magnífico. Empezaré a aparcar justo al lado del campo de entrenamiento. Se escaparán un montón de bolas.

Él hizo un gesto de desagrado.

—¿Es ese 545 el coche de Lyle?

—Es un bien ganancial. Lo compró con el activo conjunto.

—Si yo fuera tú, tomaría nota de eso para decírselo al juez.

—Lo haré.

Él se rió.

Jill se acercó las rodillas al pecho y suspiró. Aquello era muy agradable. Divertido. Si ella hubiera tenido dieciséis años, hablar con Mac en la oscuridad habría sido la respuesta a todas sus plegarias. A los veintiocho, no estaba nada mal, tampoco.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó él—. Podrías haber conseguido un trabajo en cualquier sitio.

—Gracias por el voto de confianza. Es algo temporal. En realidad, fue idea de mi padre.

Mac se la quedó mirando fijamente.

—¿Te lo sugirió él?

—Oh, sí. Cuando le conté lo que había pasado, me dijo que aquí había una plaza vacante. Uno podría pensar que al haberse cambiado al otro lado del país ya no se entrometía tanto en los asuntos del pueblo, pero no es así. Es como si todavía estuviera al otro lado de la esquina, en vez de en Florida.

—Pues sí —convino Mac—. Fue el juez Strathern el que me dijo que el puesto de sheriff de Los Lobos estaba vacante.

Jill no sabía qué la había sorprendido más, si que su padre se mantuviera en contacto con Mac o si que Mac todavía se refiriera a él de una manera tan formal. Se conocían desde hacía muchos años. Mac había crecido, prácticamente, en la casa de su padre. Por supuesto, el hecho de que Mac fuera el hijo del ama de llaves probablemente ponía su relación a un nivel diferente. Aunque a ella aquellas cosas no le importaban en absoluto. Cuando era una adolescente, sólo le importaba lo estupendo que era Mac y cómo su corazón aleteaba como un colibrí cuando él le sonreía.

—Así que mi padre tiene la culpa de que ambos estemos aquí —dijo—. Aunque tú estés a gusto.

—Quizá el pueblo comience a gustarte.

—No creo.

Jill comenzó a pasarse los dedos entre el pelo y se dio cuenta de que había comenzado a secársele. En cuestión de minutos se convertiría en una masa de rizos salvaje. Comenzó a hacerse una trenza.

—No recordaba que tuvieras el pelo tan rizado —dijo él, observándola.

—Tiene vida propia. Me lo aliso con una combinación de productos y de fuerza de voluntad, todos los días.

—¿Y por qué te tomas tantas molestias?

Hombre tenía que ser.

—Para mantenerlo controlado y aparentemente normal.

—El pelo rizado es sexy.

Aquellas sencillas palabras consiguieron que a Jill se le encogiera el estómago y se le secara la boca. Tuvo ganas de soltarse la trenza y sacudir la cabeza hasta que todos los rizos estuvieran en su lugar. Tuvo ganas de bailar por el césped y anunciarle al mundo entero que Mac pensaba que ella tenía un pelo sexy.

—Sobre todo cuando es largo, como el tuyo.

Aquello iba mejor y mejor.

—Gracias.

Ooh, su voz sonaba tan despreocupada… Afortunadamente, él no podía ver el coro de hormonas que estaban acompañándola.

Mac se puso de pie.

—Ha sido muy agradable hablar contigo, Jill. Pero ahora tengo que volver a casa y ver si Emily

está bien. No quiero que se despierte y se vea sola en la casa.

—Claro, por supuesto.

Ella contuvo un suspiro de tristeza y se las arregló para no decir lo mucho que deseaba seguir hablando de su pelo un ratito más. Quizá otro día.

Le dijo adiós mientras Mac entraba en su casa, y después ella se levantó para entrar también. Sin embargo, se quedó helada con la mano sobre el pomo de la puerta.

¿Quizá otro día? ¿Era posible que ella hubiera pensado aquello? No, no, no, y no. No habría otro día, ni nada por el estilo. Mac era el sheriff de un pequeño pueblo, con una niña, y ella era un tiburón de bufete de abogados de una gran ciudad, y estaba nadando hacia la libertad. No quería quedarse atrapada allí en Los Lobos. Quería ganar dinero y tomarse una gran venganza contra la comadreja mentirosa. El chico impresionante de la casa de al lado no formaba parte de su plan.

Y, en caso de que cayera en la tentación, sólo tenía que acordarse de lo que había ocurrido la última vez que se había lanzado a aquel chico en cuestión.

Le había echado un vistazo a su cuerpo desnudo y había vomitado. Allí tenía una buena lección, una que no podía olvidar.

Emily Kendrick se frotó los ojos cerrados tanto como pudo. No iba a llorar. No. A pesar de que tuviera que pasarse el verano con su padre y